

# *La mentalidad militar en el marco de la Restauración canovista*

RAFAEL NÚÑEZ FLORENCIO

Departamento de Historia Contemporánea

Universidad Complutense. Madrid

Ejércitos y Armadas mandados por oficiales ya existían antes de 1800, pero esos oficiales eran mercenarios o aristócratas, no profesionales. Podemos decir, por tanto, siguiendo a Huntington<sup>1</sup> que, aunque «el arte de combatir» sea viejo como la Humanidad, la profesión militar es una creación reciente de la sociedad moderna. En 1800 no había en país alguno nada parecido a un cuerpo profesional de oficiales. En 1900 tales cuerpos existían prácticamente en todos los países.

Ese cuerpo profesional de oficiales desarrolló rápidamente, por complejos motivos que no nos compete examinar aquí, una fuerte solidaridad entre sus miembros: es lo que Finer y otros estudiosos de la materia han denominado «cohesión del estamento militar»<sup>2</sup>. Esta cohesión pudo ser alimentada por motivos políticos ajenos a la institución: sin ir más lejos, en España, debido a las agitaciones antimilitaristas del Sexenio revolucionario, se produjo por primera vez una reacción unánime del Ejército —en cuanto institución, es decir, como bloque— contra un sistema político que se juzgaba improcedente o peligroso.

También puede suceder lo contrario, o sea, que el espíritu de cuerpo determine las actividades políticas de la institución militar. Es lo que sugiere otro gran especialista, M. Janowitz, en *The Internal Organization of Military Institution*: «la cohesión —el sentimiento de solidaridad de grupo y la capacidad de acción colectiva— es un aspecto esencial de la organización interna de la

---

1. HUNTINGTON, *El soldado y el Estado*, Buenos Aires, 1964. Cf. en especial cap. II, «Un nuevo tipo social».

2. FINER, *The Man on Horseback*, Londres, 1962.

profesión militar que condiciona su comportamiento político»<sup>3</sup>. Simplificando, puede decirse que ambos aspectos están imbricados: el espíritu de cuerpo condiciona la actitud política tanto como ésta influye en la solidaridad militar.

Hemos empezado hablando del espíritu de cuerpo, solidaridad militar, etc, como si el estamento militar —los militares profesionales— fueran un todo compacto y homogéneo; sabemos perfectamente que no es así: en palabras de Perlmutter, los militares no sólo no son «un grupo selecto, coherente y monolítico», sino que abrigan en su seno tanta diversidad, «categorías y jerarquías», como «diferencias entre determinados oficiales»<sup>4</sup>. Pero en éste, como en tantos otros casos, precisamos de ciertas esquematizaciones: la propia rama de la Sociología militar necesita continuamente hacer abstracción de las diferencias para subrayar los elementos comunes a toda la institución. En este sentido, un sociólogo español ha caracterizado a los militares —quizás de manera excesivamente rotunda— de este modo: «Son varios y, sin embargo, todos son uno»<sup>5</sup>.

Nosotros no nos atrevemos a decir tanto, pero tenemos que reconocer que ciertas simplificaciones son inevitables, máxime cuando es imposible abarcar todos y cada uno de los aspectos de lo que entendemos por «mentalidad» en estas pocas páginas. Tómense, pues, estas líneas como unas notas en torno a determinados aspectos del pensamiento militar; tomamos como base para ello las publicaciones del período, tanto las periódicas —diarios y revistas especializadas— como los ensayos, estudios históricos, «cartillas», etc, provenientes de plumas militares.

Nos referimos en todo momento al Ejército de la Restauración, con especial hincapié en el fin de siglo, período decisivo a todas luces, no sólo para la institución militar, sino para todo el país. Los pronunciamientos del período isabelino han quedado muy atrás, pero el panorama político dista mucho de estar despejado. Cara al exterior, España se ve envuelta en una serie de conflictos bélicos, hasta tocar fondo en el 98.

## 1. EJERCITO-SOCIEDAD CIVIL: VALORES DIVERGENTES

«¿Qué más podemos decir de la nobilísima profesión cuyos hombres marchan al compás de bélicos instrumentos, del frigeroso parche del tambor y del vibrante clarín, a despreciar con risueño semblante y tranquilo continente una muerte segura, producida por miles de máquinas exterminadoras del género humano?

3. JANOWITZ, *Military Institutions and Coercion in the Developing Nations*, recogido por BAÑÓN y OLMEDA, *La institución militar en el Estado contemporáneo*, M., 1985: «El grado de cohesión —continúa diciendo JANOWITZ— está en función de una variedad extensa de factores organizativos y sociológicos específicos. En su formulación más simple, mi quinto argumento afirma que los ejércitos con una cohesión interna alta tendrán más capacidad de intervenir en la política interna» (pág. 133 y ss.).

4. PERLMUTTER, *Lo militar y lo político en los tiempos modernos*, M., 1982, págs. 23-4.

5. PARICIO, *Para conocer a nuestros militares*, M., 1983, pág. 15.

En ella, el honor, la noble ambición, la misión sagrada que se desempeña y los carísimos objetos que se defienden, causan, estimulados todos estos incentivos por el resorte misterioso de la música y el amor a las banderas, ese menosprecio heroico de cuánto más amamos en el mundo terrenal.»<sup>6</sup>

Abunda en la literatura militar el canto apasionado de la propia profesión: «no hay más que una gente capaz de tanta abnegación y sacrificio: los militares», dice el Teniente Coronel Muñiz y Terrones<sup>7</sup>; «bueno es insistir» —dice el *Memorial de Artillería*<sup>8</sup>— en «la honra, la satisfacción y el perfeccionamiento moral» que conlleva la milicia. Por supuesto, nada —o muy poco— tiene que ver este elogio vehemente del quehacer militar, situado al nivel de los ideales sublimes, con la cruda realidad. Pero ésa es otra historia, en la que ahora no podemos entrar<sup>9</sup>.

La milicia, dicen los hombres que la integran, es como una religión, cuya práctica requiere fe, entrega, valor, heroísmo...<sup>10</sup> No es casual la comparación: innumerables veces aparecen hermanadas religión y milicia o, a nivel de instituciones —por cierto, «odiadas», según se dice, por la «sociedad moderna»—, Iglesia y Ejército, como pilares de la sociedad, cuyos miembros comparten valores semejantes: abnegación, desinterés, sacrificio, etc<sup>11</sup>.

¿Y en respuesta? A la generosidad militar, leemos continuamente, la sociedad civil responde con el desprecio o la calumnia, haciendo del Ejército el gran sacrificado de la sociedad española. «¡Pobre Ejército!», exclama *La Correspondencia militar*, sufrido, prudente, desinteresado, patriota, incorruptible... y sobre todo resignado; ofreciendo, como subraya *El Ejército español*, su sangre, su vida, «sin una queja, sin una exigencia»<sup>12</sup>. ¿Para qué tanto sacrificio? ¿Se lo merece acaso la sociedad civil?:

«Cuando considero las *ingratitudes* con que se pagan al Ejército sus *sacrificios*; cuando veo que se escogitan hasta agotarse los medios de envilecerlo calumniándolo...

6. NAVASCUÉS, *¡¡La Próxima Guerra!!*, M., 1895, pág. 552.

7. *Concepto del mando...*, M. 1893, págs. 62-3.

8. *Memorial de Artillería*, 1897, 2.º semestre, pág. 349.

9. REPARAZ (*Los sucesos de Melilla*, M., 1894, págs. 240-1) escribe sobre el particular que ya iba... «siendo cosa establecida en España que la misión del oficial sea pasarse de guardia y retén los mejores años de su vida, y ejerciendo de policía y comisionado de limpiezas en el cuartel, sin más esperanzas que ir figurando en revistas, paradas y maniobras militares inútiles, hasta llegar, al cabo de veinticinco o treinta años de esta vida estéril a comandante, tan sobrado de achaques como falto de alientos.»

10. «El Ejército mantiene vivo ese espíritu religioso que ha sido égida suya constante, escudo invulnerable, protección eficacísima y confianza en su valor y heroísmo probados». «La fe en el Ejército», *El Heraldo militar*, 11-I-1894.

11. Véase Capitán E. DE OLIVER COPONS, «La abnegación», *Revista científico-militar*, 1893, págs. 216-218.

12. «¡Pobre Ejército!», *La Correspondencia militar*, 11-I-1894. «La gota de agua», *El Ejército español*, 16-III-95.

lo, no por odio a ofensas recibidas, sino por envidia a merecimientos innegables; cuando veo que la virtud del Ejército llega hasta sufrir resignado injurias fáciles de vengar, quisiera (...) decir a todos éhos que nos motejan, que quieren nuestra humillación y nos calumnian: «¡Ea, ya estáis complacidos; ya no hay Ejército; ya no tendréis contribución de oro ni contribución de sangre; gozad el fruto de vuestra conquista.»<sup>13</sup>

Dejando de lado lamentaciones y respuestas viscerales, el problema puede enmarcarse con nitidez: se trata simplemente de que los valores, los objetivos, las aspiraciones y los ideales del mundo civil y del mundo militar siguen caminos distintos, cada vez más distintos. Curiosamente no son los civiles los que sostienen esta afirmación, quizás por encontrarse enredados, en la mayor parte de los casos, en la retórica de la hermandad cívico-militar, producto de sus buenas intenciones, o simplemente de su miedo: el pueblo ama a su ejército, la milicia es la expresión de lo más puro y elevado de la patria, las aspiraciones civiles y militares convergen en el objetivo fundamental del engrandecimiento nacional, y planteamientos por el estilo<sup>14</sup>.

Frente a ellos, en este aspecto concreto, los escritores militares suelen ser más realistas. No es que no hablen de la «imprescindible compenetración del Ejército con la sociedad civil»<sup>15</sup>, pero no se llaman a engaño sobre las posibilidades de esa unión. Modesto Navarro sintetizaba el tema de un modo claro y objetivo: el Ejército es partidario del engrandecimiento militar de la nación; el país, no; «es vano que pretendamos engañarnos»: la realidad muestra que el país y su ejército marchan por vías diferentes. Llevando más el agua a su particular molino, el Coronel Laiglesia y el Teniente Coronel León Gutiérrez coinciden en lo fundamental, el antagonismo entre los valores civiles y militares, aunque procuran subrayar que la responsabilidad, o más claramente, el error y la culpa, no procede de estos últimos<sup>16</sup>.

Los civiles, se repite con frecuencia, no entienden los valores militares, y de esa incomprendión, o desconocimiento, vienen otros males, como la relativización o el menosprecio de los ideales castrenses, que son en definitiva los

13. MUÑIZ, *op. cit.*, págs. 69-70.

14. Véase por ejemplo el esclarecedor artículo de GENARO ALAS en *El Correo militar*: «Al tonel», 2-XII-1892. Los objetivos de progreso, instrucción y educación en paz debían de ser para Alas las claves de esa convergencia.

Otro ejemplo de ello, «Las maniobras comentadas por un observador», *El Globo*, 27-X-1892; a propósito de unas maniobras militares se traza una visión optimista de las relaciones cívico-militares: «Aquí, donde algunos insensatos dicen que existe pugna entre la sociedad civil y la militar, constituye un hermoso mentís lo ocurrido». «Lo ocurrido» era simplemente el «entusiasmo» de los reservistas, la «simpatía» que el pueblo llano había exteriorizado hacia los soldados... y poco más.

15. L. FERNÁNDEZ: *El Ejército y el pueblo*, M., 1904, págs. 22-3.

16. M. NAVARRO: «Las dos tendencias» (I), *El Correo militar*, 29-XI-1892. LAIGLE-SIA, *Educación militar...*, M. 1884, págs. 2-3. LEÓN GUTIERREZ, *¡Honor y Patria!*, M. 1900, págs. 52-4.

de la patria. El militar no puede permanecer insensible al problema; no puede tampoco, en aras de un liberalismo mal entendido «respetar» opiniones o actitudes que se dirigen contra lo más sagrado<sup>17</sup>. El Ejército no puede dialogar con el error, con el egoísmo, con la mezquindad, con el materialismo que empañan las actitudes civiles; su misión, por el contrario, es la de defender sus valores con intransigencia, frente a todos los que, conscientemente o no, los mancillan.

Como nos estamos ocupando de la mentalidad militar, habría que preguntarse directamente: ¿qué rechazan los militares de la aparentemente apacible —e indudablemente conservadora— sociedad española de la Restauración? Permitásenos articular la respuesta aludiendo a dos aspectos reveladores: el rechazo al protagonismo de los intelectuales en la dirección de la sociedad, y el no menor desprecio de los ideales de paz que esa misma sociedad alimenta como uno de sus bienes más indiscutibles.

#### a) *Los intelectuales, quintaesencia de la atonía civil*

Efectivamente, los intelectuales representan desde el punto de vista militar lo peor de esa lejana sociedad civil, quizás más que por sus propios méritos, por el papel relevante que aquélla les concede. No se olvide que en la década final del siglo surge la figura del intelectual tal y como hoy lo entendemos, como conciencia crítica que alcanza un importante eco en las esferas dirigentes.

Pues bien, esos «sabios» —como irónicamente se les llama— compendian en sí, y en grado superlativo, los defectos de la sociedad civil que los militares más detestan: actitud hiper crítica, incapacidad para la acción, desprecio del patriotismo y de los valores castrenses, retórica vacua, cobardía, egocentrismo...

Basta fijarse, por ejemplo, en dos valores contrapuestos que son irrenunciables para ambas partes: libertad y disciplina; la primera es el pan del intelectual, mientras que la segunda es indispensable para la existencia de un Ejército que pueda llamarse tal. Y así como el militar se burla de la deificación de la libertad, el intelectual considera a la disciplina la asfixia del individuo, la renuncia a pensar por sí mismo, a ser uno mismo, etc<sup>18</sup>.

17. Es significativo a este respecto el comentario que merece una negativa a prestar juramento a la bandera nacional: dicha negación a rendir «pleito homenaje» a la «gloriosa enseña» sólo puede ser calificada de «verdadera aberración». Véase L. RENTERO, «Juramento de fidelidad a la bandera», *Boletín de Justicia militar*, 15-VIII-1892, págs. 3-4.

18. En cierto modo todo ello ya había sido expresado por VIGNY en una obra clásica: «La servidumbre militar es pesada e inflexible como la máscara de hierro del prisionero sin nombre y da a cuantos la sufren un rostro uniforme y frío.

Así, el simple aspecto de un ejército delata que el hastío y el descontento son los rasgos generales del rostro militar».

Nicolás de la Peña, en un artículo significativamente titulado «¿Más Universidades?» establecía una relación entre la decadencia física de nuestra raza y la fatal manía «de convertir en sabios precoces a nuestros hijos, sin preocuparnos de su desarrollo corporal»; los intelectuales, leemos en otra parte, «ensorbecidos» con los progresos científicos, desprecian el «bárbaro oficio» de las armas, pero después corren a buscar cobijo en éstas, reconociendo por la vía de los hechos que abrigan «una fuerza física y un valor moral del que ellos carecen»<sup>19</sup>.

De los intelectuales se subraya comúnmente su cobardía, y en no menor medida, su doblez, en la línea que acabamos de exponer: se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena, viene a decirse, y antes y después, echan pestes de lo caro e inútil que es el Ejército. Pero es que, además, se considera que el ideal intelectualista —el afán de que los jóvenes vayan a las Universidades a adquirir una «ciencia barata»— está arruinando al país, dejando abandonados el comercio y la industria, despoblados los campos, despreciados todos los oficios tradicionales. Todos quieren ser profesores, «picapleitos», médicos, jueces, ingenieros..., se dice con distanciamiento e incluso desprecio. Hasta tal punto es así que a veces se contrapone a la labor negativa de la escuela, la meritaria tarea del cuartel, educando, sí, pero también robusteciendo a los jóvenes, trazándoles el camino del trabajo, lejos de las blandenguerías intelectualistas.

No todo acaba aquí: a los intelectuales, y profesionales en general, se les acusa de desidia, enhufismo, corrupción, etc, haciéndose especial hincapié en las parcelas de la Administración y la Justicia: la «turba de abogados, médicos, ingenieros, boticarios y aventureros», se escribe por ejemplo en la prensa militar —obsérvese que la mezcla no tiene desperdicio— han entronizado el robo, el caciquismo, la desvergüenza y la traición<sup>20</sup>. Y lo curioso es que esto lo sostienen algunas veces destacados intelectuales militares, en unos momentos en que, pese a todo, se produce una cierta elevación del nivel intelectual de la oficialidad y una presencia destacada de militares en importantes centros culturales, como el Ateneo de Madrid, la Sociedad de Geografía o la propia Institución Libre de Enseñanza.

Del rechazo contra el intelectual propiamente dicho al desprecio de las actividades de los civiles en general, hay un paso que, como se ve, se traspasa con facilidad; habría, sin embargo, que matizar que los autores militares hacen una excepción cuando hablan de «pueblo» y de «raza».

VIGNY: *Servidumbre y grandeza militar*, M., 1962, pág. 19. Cfr. también «Disciplina», *El Eco militar*, 21-I-1894.

19. N. DE LA PEÑA: «¿Más Universidades?», *Boletín de Justicia militar*, 1-XII-1891, págs. 1-2. Las referencias aludidas en segundo término son de «Datos para el desarme», *El Correo militar*, 29-IV-1892, y «Ciencia barata. El proletariado de levita», *Ibidem*, 23-VIII-1900.

20. Cf. «La toga y la espada», *La Correspondencia militar*, 17-I-1894. NAVASCUÉS, *¡La próxima guerra!!*, op. cit., págs. 544-7. «Desinfectemos la Nación», *La Correspondencia militar*, 4-II-1893.

Con respecto al primero la posición militar es, empero, vacilante: cuando se entiende «pueblo», en sentido abstracto, se termina casi siempre haciendo un elogio encendido en la línea de que es el único elemento sano en España, su esperanza de regeneración, etc; pero cuando se desciende de lo general a lo concreto, sus defectos desaparecen de un modo insoslayable: pueblo ignorante y supersticioso el español, de sangre caliente y poco juicio, sin respeto a la autoridad ni al orden constituido...<sup>21</sup>

Con respecto a la «raza» —la española, por supuesto— la posición militar es mas coherente. «Nuestra raza ha probado con exceso en todos los siglos, en Europa, en África, en América y Oceanía, que le sobra coraje y tesón para derramar sangre, matar a los enemigos de su bandera y hacerse matar en defensa de su honor», dicen Ibáñez y Barado en su *Cartilla Militar*, haciendo eco de un sentir extendido en las filas militares, como prueban los diversos autores y publicaciones que repiten el mismo criterio<sup>22</sup>. Hasta tal punto es así que llega a elogiarse en un diario militar<sup>23</sup> el valor de los campesinos «fanáticos» que tomaron por asalto Jerez a comienzos de 1892: es la «gallardía de la raza», presente hasta en los sucesos más desgraciados.

Pero estas excepciones no deben hacernos olvidar la valoración que, desde la perspectiva militar, se hace de la sociedad civil en su conjunto, y por tanto del rumbo que seguía la nación española; lo sintetizaba de un modo rotundo el Teniente Coronel Espina —y ni qué decir tiene que sus palabras eran ampliamente compartidas—: «Con perdón sea dicho, creo que necesitamos ser menos civiles y más militares»<sup>24</sup>.

Digamos de pasada que ese análisis social está tan arraigado en la mentalidad militar que no ha hecho sino afianzarse —y radicalizarse— a lo largo de los decenios posteriores: así, puede verse cómo los autores militares del siglo XX repiten invariablemente el mismo o parecido esquema de la «enfermiza» sociedad civil en contraposición al vigor castrense, o la intelectualidad vacilante y cobarde frente a la entereza del espíritu militar. No hace mucho, el General Cabeza Calahorra escribía que la sociedad moderna —a la que caracterizaba distanciadamente como imbuida de principios democráticos e igualitarios— era incapaz de comprender que la milicia necesita privilegios, porque es el alma de la nación, el principio vital de la sociedad<sup>25</sup>.

21. ARMSTRONG: «Banderas y estandartes», *El Ejército español*, 9-XI-94. FERNÁNDEZ, *El Ejército y el pueblo*, op. cit., págs. 14-17.

22. J. IBÁÑEZ y F. BARADO: *Cartilla militar...*, M., 1900, pág. 62. ESPINA, *La civilización y la espada*, Manila, 1886, págs. 271 y ss. «Crónica interior», *Memorial Artillería*, 1898, 1.<sup>er</sup> semestre, págs. 547-549.

23. «¿Finis Galliae?», *La Correspondencia militar*, 13-VII-1892.

24. ESPINA, *La civilización...*, op. cit., pág. 278. Ideas semejantes en otras muchas obras: MUÑIZ, *Concepto del mando...*, op. cit., vol. I, pág. 156 y ss. LAIGLESIAS, *Educación militar...*, op. cit., 57-58, y ss. CHACÓN, *Influencia de los ideales en el Ejército*, M., 1884, págs. 22-3.

25. Compárense los planteamientos de las siguientes obras, escritas en distintos con-

b) *¿Es la paz un bien absoluto?*

En la sociedad moderna todos parecen convenir que la paz es uno de los bienes supremos o, si se quiere, en contraposición, que la guerra es una de las mayores calamidades que pueden azotar a la humanidad. Nótese que hablamos de la paz como ideal —a nivel abstracto— y no de los particulares movimientos pacifistas que se dirigen contra la guerra, la prestación del servicio militar, el militarismo o la propia existencia de una institución armada. Estos grupos pacifistas son, por lo general —y lo eran mucho más en la época que estamos tratando— movimientos minoritarios, al margen del sentir general de la sociedad. Nada vamos a decir ahora sobre ellos: nos interesa únicamente trazar a grandes rasgos la actitud militar frente a los ideales de paz de la sociedad civil, empezando por el mismo cuestionamiento de esa paz como bien indiscutible.

Para la inmensa mayoría, por no decir todos, de los tratadistas militares, sin la perspectiva —cercana o lejana— de la guerra, el Ejército carece de sentido. Por supuesto esto no quiere decir, en principio, nada en favor o en contra de aquélla. Desde esa perspectiva se puede muy bien decir, por ejemplo, que precisamente el Ejército existe para garantizar la independencia nacional frente a los anhelos expansionistas de otros países. Es decir, puede ponerse el acento en el Ejército —en la existencia del Ejército— como único medio de evitar la guerra, como fuerza defensiva o, mejor aún, disuasoria.

Otras veces, se reconoce que el fenómeno bélico, junto a heroismos y generosidades, lleva consigo horrores y tragedia; por tanto, se admite que «la guerra es un mal», aunque para añadir con un apresuramiento sospechoso que se trata de un «mal inevitable» y... «en muchas ocasiones útil y conveniente para evitar mayores males y quizás realizar, por tan extraño medio, los más altos designios de la Divina Providencia»<sup>26</sup>.

El Coronel Luis Trucharte escribía en los años noventa, en la prestigiosa *Revista científico-militar*, las siguientes reflexiones sobre la guerra:

«En la historia de la humanidad no existe cuestión política, ni suceso algo extraordinario que no esté más o menos relacionado con el arte de la guerra (...). Así, no son más que guerras los establecimientos de las sociedades, la fundación de los imperios, sus progresos, su engrandecimiento, sus conquistas, su decadencia y su ruina (...). ¿Dónde no está pues la guerra? ¿Qué progresos ha hecho el espíritu humano que con la guerra no se hallen enlazados? ¿En qué naciones no fueron objeto de admiración, de entusiasmo y hasta de encendido culto los grandes capitaneos? ¿Qué gloria ha igualado a la suya?»<sup>27</sup>

textos de nuestro siglo XX: MOLA, «El pasado, Azaña...», en *O.C.*, págs. 975-976. VIGÓN, *Teoría del militarismo*, M., 1955, págs. 44-49. GRAL. CABEZA, *La ideología militar hoy*, M., 1972, págs. 111-2.

26. LAIGLESIAS, *Educación militar...* op. cit., págs. 9 y 153-154.

27. «Arte de la guerra», *Revista científico-militar*, 1892, págs. 294-298.

Por su parte, el Teniente Coronel Espina comenzaba su ensayo *La civilización y la espada* con estas no menos significativas palabras:

«Si el ser que llamamos hombre, pudiese, en el crepúsculo de su primera aurora, expresar con una sola frase su más íntima necesidad, su deseo más recóndito, desde las entrañas de la madre gritaría sin vacilación: —¡Dadme una espada!»<sup>28</sup>

O, directamente ya, la vorágine, la borrachera —retórica muchas veces y otras no tanto—, el delirio, la «sed de guerra» —y de sangre— para lavar pretendidas ofensas, como por ejemplo en el contexto del 98: «Si de la guerra de España con los norteamericanos surge como se teme la guerra general, Francia y Rusia contra la Triple Alianza, los Estados del Centro y Sur de América contra el Norte y a la vez Europa contra toda América, que surja y cúmplanse las leyes de la Historia de que sea España la que inicie la guerra universal»<sup>29</sup>.

Por supuesto, no quiere esto decir que no haya criterios más ponderados, incluso desde la misma perspectiva de justificación (o algo más) de la guerra. F. Navascués, por ejemplo, piensa que tan absurdo como el pacifismo es la manía de «santificar todas las guerras» en nombre de la ley divina, o como expresión de la lucha por la vida, sin distinguir las necesarias de las inútiles, las justas de las injustas<sup>30</sup>.

En cualquier caso, es evidente que el análisis militar, exaltado o no, difiere notablemente del sentir mayoritario en la sociedad civil; son los propios autores militares quienes, en primer término, lo reconocen, acusando a aquélla de comodidad, miopía, egoísmo, incomprendición, etc. Esos «hombres de levita y frac», se dice despectivamente, atenazados por el miedo, prisioneros de sus placeres, claman contra la guerra porque la guerra implica la fuerza, la virilidad, el vigor físico y moral, virtudes todas ellas de las que carecen.

No hace falta insistir mucho en ello: al fin y al cabo, ¿no se define al soldado como «hombre de guerra»? Atacar la existencia, la legitimidad del fenómeno bélico es, en último término, atacar al Ejército, dicen los miembros de esta institución. Los propios valores castrenses están impregnados de ese culto a la fuerza, en cualquiera de sus manifestaciones: el honor, que para los civiles puede tener su base en la honradez o la justicia, es para el soldado la valentía; el patriotismo, el amor a la bandera, etc, se demuestran derramando «gozosos la sangre por ella», y así sucesivamente<sup>31</sup>.

28. ESPINA, *La civilización...* op. cit, pág. 5.

29. «Fuera misterios», *La Correspondencia militar*, 9-IV-1898. Véase también, cuatro días después, «Opinión unánime».

30. «El desarme general», II, *El Heraldo militar*, 13-IV-1894.

31. «¿Patriotismo?», *El Eco militar*, 26-VII-1895. «El militarismo», «El espíritu de cuerpo» y «El punto de honor», todos ellos en *El Correo militar*, 24-II-1892, 5-XII-1892 y 14-IV-1900, respectivamente.

La muerte gloriosa bendiciendo a la Patria: la del condestable del «Vizcaya», Francisco Zaragoza, «que con el vientre deshecho por un casco de granada, pidió a los que le rodea-

Cuando, en vísperas del enfrentamiento con los Estados Unidos, la nación vive una de las crisis más dramáticas de su historia reciente, desde las páginas militares se presionará sin cuartel a favor de la guerra, de una manera ciega, exaltada, absolutamente irracional. La oposición a la guerra, o la más mínima duda acerca de su oportunidad, eran expresión de cobardía, de ruindad, de traición incluso. «El país quiere la guerra por la guerra», escribían, por más que les pese a algunos pobres «de alma y cuerpo»; «la guerra significa el honor defendido hasta morir; la paz con vilipendio, la deshonra»<sup>32</sup>.

Con frecuencia, pues, la perspectiva más ponderada de justificación de la guerra —es un hecho inevitable, como nos demuestra la historia; hay que aceptar que la humanidad es así, todas las épocas y culturas la han conocido; el hombre sólo reconoce la ley del más fuerte, etc.— deviene en glorificación de ésta como factor de civilización y progreso, o en defensa apasionada de la lucha en sentido no ya histórico, sino metafísico: expresión de la vida, la lucha eterna de todos los elementos del Universo como ley suprema, etc. Obviamente, alcanzadas ya esas cotas, las posibilidades de convergencia, o simple diálogo, con el mundo civil, eran prácticamente nulas.

## 2. EL EJERCITO EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

Hemos hablado hasta ahora de determinados aspectos ideológicos que se paran al Ejército del resto de la sociedad española de la Restauración. Nada hay de novedoso o sorprendente en ello: el mismo o parecido proceso sufren los cuerpos armados de las naciones vecinas —Francia en particular—: los militares rechazan buena parte de las transformaciones sociales y políticas que se producen en la Europa industrializada de final de siglo, temen a la nueva fuerza emergente —el proletariado— y sus doctrinas y partidos (socialismo, anarquismo); se vuelven hacia sí mismos y se consideran depositarios de los «valores eternos» de la patria.

Pero queremos profundizar en este proceso o, para ser más exactos, en una de las vertientes del proceso: más allá de las diferencias objetivas entre la men-

---

ban un pedazo de la bandera que se entregaba a las llamas, para contener sus intestinos que asomaban por horrible brecha, y envuelto en tan glorioso sudario entregó su alma a Dios, diciendo: *¡Bendita seas, Patria!*». JOAQUÍN M. LAZAGA: «Bendita seas, Patria», *El Correo militar*, 7-VII-1900.

Véanse también las definiciones militares de Patria y Ejército desde una óptica semejante en *Ibidem*, 31-VII-1900: J. PAGÉS, «El Ejército y la Patria».

32. Siempre en estos casos la prensa militar se erige en portavoz de la nación: Ejército y pueblo, según ella, sostienen los mismos principios, en contra de los «políticos contemporizadores». Múltiples artículos sobre el tema a lo largo de 1898; véanse como muestra «Hacia el abismo» y «El discurso de Moret», ambos en *La Correspondencia militar*, 8-II y 11-III-1898, respectivamente. También: «Las corrientes pacíficas», *El Correo militar*, 20-VI-1898.

talidad civil y la militar, dirijamos nuestra atención hacia la consideración que tienen los militares acerca de las relaciones concretas entre la sociedad y su ejército; para ser más claros y rotundos, lo que nos interesa examinar ahora es, en definitiva, esto: cómo se ve el Ejército en el seno de la sociedad española de fines del siglo XIX, cómo juzga que le trata el resto de la sociedad.

Una cita de uno de los más importantes diarios militares de la época nos proporciona unas claves decisivas para introducirnos en el tema:

«Hace tiempo que el Ejército viene siendo maltratado por todos, las predicciones incessantes contra él, las acusaciones que se le lanzan, las amenazas que se le dirigen, el desdén con que le miran los políticos, da sus naturales frutos en la desconsideración de que es objeto. Hoy todo el mundo se cree con derecho a vejarle, lo mismo los aurigas que le atropellan en la calle, que los economistas que le atropellan en las esferas del poder.»<sup>33</sup>

Pero intentemos ir por partes, siguiendo a los propios escritores militares o a las publicaciones del sector, pues hay muy distintos matices que merecen ser considerados.

#### a) *De la ignorancia a la hostilidad*

Ignorancia, abandono, indiferencia... Tales serían las primeras características que saltan a la vista de la actitud civil con respecto al Ejército, dicen los integrantes de éste. Para empezar, continúan argumentando, hay un desconocimiento casi absoluto de los valores militares, de lo que son, de lo que significan (en realidad, como hemos visto, no es propiamente desconocimiento; simplemente, los valores civiles se apartan de los militares. Pero ahora nos interesa seguir el punto de vista subjetivo de éstos, para ver donde terminan desembocando). A pesar de todo, los tratadistas militares dicen que soportarían con paciencia esa ignorancia si cada uno se dedicara a lo suyo: los civiles, a sus oficios; los militares, a las armas. Pero no, todo lo contrario: esa ignorancia de lo que es la milicia —en todos los sentidos, en todas sus funciones— no es obstáculo, antes al contrario, es un acicate, para que todos metan sus narices en los asuntos militares con absoluto desparpajo. No puede ser más revelador en este sentido, por su forma y por su fondo, la reflexión que Niemand hace en una revista militar de la época:

33. «Digna de aplauso», *El Ejército español*, 31-X-1894. Dos días después se volvía a insistir en el tema, aplaudiendo la rápida actuación de la justicia militar contra un civil, único medio posible «si se quiere que el Ejército no acabe de perder completamente sus prestigios y deje de estar a merced de las genialidades del primer displicente que no se dé cuenta de los respetos que a todo ciudadano le debe inspirar la institución armada». Cf. *Ibidem*, «Crónica», 2-XI-1894.

«Las trastiendas de todas las boticas se han convertido en academias militares; los cafés, en escuelas superiores de guerra. Hablar de estrategia es hoy mucho más vulgar que hablar de toros; muchos, a quienes no daría vergüenza ignorar lo que es un volapié, no tolerarían que nadie les lanzara la injuria de suponer que no saben al dedillo cómo se movilizan una docena de cuerpos de Ejército y se mandan al fin del mundo en tren exprés.»<sup>34</sup>

Este «cada uno a lo suyo» es un tema recurrente en la literatura militar del período, traducible en la esfera política en la aspiración a gozar de absoluta autonomía con respecto al gobierno de la nación. De hecho, por ejemplo, todo ministro de la Guerra tenía que ser, por definición, un militar; cualquier «injerencia» civil en el ámbito castrense era automáticamente rechazada, viniera de donde viniese, y fuera cual fuese su intencionalidad, de tal modo que decisiones que en pura ortodoxia liberal pertenecían a la esfera gubernamental, quedaban aquí al arbitrio de los altos mandos militares. Pero obviamente éste es otro tema, y aquí no nos compete abordarlo.

Pero la ignorancia conlleva otros matices, o puede desembocar en actitudes menos tolerables; del desconocimiento de los valores militares al abandono, a la postergación del Ejército, hay sólo un paso. El Ejército, leemos por ejemplo en *La Correspondencia militar*<sup>35</sup>, «es la carrera del Estado más olvidada y deprimida». La cuestión es aquí más grave, porque implica cuando menos desidia en personas cuya responsabilidad les impide, o les debía impedir, esa culposa pasividad. Por si fuera poco, esa postergación del Ejército, a todos los niveles —entre ellos el material, el económico: no se olvide que las condiciones de vida de jefes y oficiales dejaban bastante que desear, y una de sus reivindicaciones constantes durante el período era la mejora de sus emolumentos<sup>36</sup>—, traía consigo, tarde o temprano, el recelo, la desconfianza, la visión deformada de todo lo militar. En efecto, dicen, se margina lo que se ignora, y se termina distorsionando a la institución marginada. Así, acaba triunfando el tópico de la milicia como barbarie, la prestación del servicio militar poco menos que como condena, o la disciplina como humillación.

Hasta este punto, siguiendo siempre el curso del razonamiento militar, hemos supuesto que no había mala intención en el civil o civiles que pensaban sobre el Ejército lo ya expuesto: Pero esto no siempre es así; más bien al contrario, sobre todo si fijamos nuestra atención en los hombres que de una u otra manera rigen los destinos de la sociedad. Ellos no son ignorantes; saben bien

34. NIEMAND: «Crónica general», *Revista científico-militar*, 1893, pág. 409.

35. ANNA: «Se salvó la Patria», *La Correspondencia militar*, 11-V-1892.

36. ¿Pueden existir el honor y la dignidad sin las mínimas condiciones materiales? ¿Pueden existir los ideales, y el Ejército en definitiva, sin los fundamentos económicos indispensables?: «¿Quién, por gran virtud que se tenga, por poco que le importe vivir, por mucho que sea su amor a la profesión que ejerza, no desmaya ante las privaciones, si su materia no está alimentada con lo preciso o en justa proporción a otros seres semejantes?» Cf. RUIZ DESCALZO, *El Ejército*, M. 1893, vol. II, págs. 84-85 y ss.

que el Ejército es indispensable, pero adoptan una postura cómodamente cínica: hacen gala de desprecio hacia él..., mientras no le necesitan.

Sigamos todavía más, adentrándonos ya en el terreno de la hostilidad apenada encubierta. Economistas, abogados, profesores, periodistas, incluidos aquéllos que dicen ser de principios conservadores, se refieren frecuentemente al Ejército como carga improductiva a suprimir o, por lo menos, a aligerar. ¿Para qué sirve el Ejército?, parecen decir; no produce, consume mucho..., ¿qué sentido tiene mantenerlo? Ellos se escudan continuamente en el argumento de que no quieren herir a la institución armada ni a sus miembros, y que utilizan criterios objetivos: racionalización, rentabilidad económica, etc. Pero cortando o disminuyendo el suministro económico que el Ejército necesita, el resultado es que estrangulan a la institución armada —el mismo objetivo que los revolucionarios—, sólo que sin mancharse las manos.

Vienen a continuación aquéllos que tienen en la boca continuamente el término «militarismo». «Hay que ahogar al militarismo», repiten en mítines, periódicos o en la propia tribuna del Congreso, como si hubiera habido alguna vez militarismo en España. Ellos saben muy bien que no, pero la excusa del militarismo les sirve a la perfección para tener arrinconado a cualquier militar que ose levantar su voz por cualquier motivo. Sobre cualquier proyecto de ley que les afecte, dejan oír su opinión agricultores, médicos, funcionarios, comerciantes, industriales, trabajadores... Pero ¡ay! si cualquier militar dice «esta boca es mía» sobre un tema de su competencia. Al grito de «¡Militarismo!» se alzarán mil voces, que no callarán hasta que sepulten la del «militar indisciplinado».

En fin, la culminación de las ignorancias, marginaciones, cinismos y hostilidades de diverso tipo, es la «guerra contra el Ejército», no contra tal o cual aspecto o función, sino contra la milicia como institución, por el simple hecho de ser lo que es: pilar de la sociedad, depositaria del honor de la nación, garantía de su integridad. (Permitásenos cortar brevemente el discurso militar que venimos estructurando, para aclarar que, cuando esto dicen, los autores militares no se están refiriendo a la «guerra revolucionaria» de organizaciones radicales o proletarias, a las cuales prácticamente no se les presta ninguna atención. Los militares se duelen mucho más de los ataques provenientes de los sectores acomodados de la sociedad, esos que debían mimar a la fuerza armada, aunque no fuera más que por «la cuenta que les trae» y que, sin embargo, responden al sacrificio del Ejército con el desdén, la calumnia y el ataque egoista.)

En este sentido, escribe *El Ejército español*: «De algunos años a esta parte, los militares son la cabeza de turco en que descargan golpes para ensayar su fuerza los abogados y los hijos de los caciques que debutan en política, recién salidos de las aulas». Y continúa diciendo: «Contra el Ejército toda arma es lícita; contra el Ejército todo argumento es de valor y se admite cualesquiera que sean su fuerza y su legitimidad»<sup>37</sup>.

---

37. «La gota de agua», *El Ejército español*, 16-III-95.

Todavía es más significativo a este respecto un artículo de la misma época de *La Correspondencia militar*, por contener una especie de enumeración de los diversos enemigos del Ejército con sus respectivas faltas, todo ello siguiendo una graduación de arriba abajo en la pirámide social: comienza todo por el jefe de gobierno o de partido que se niega a atender las necesidades militares; sigue el ministrillo o cargo intermedio que aduce razones económicas para sustraer diversas partidas a la milicia; a continuación va el periodista «que no pierde ripio para poner en solfa al Ejército», porque eso es siempre vendible; tras éste, el funcionario que causa todas las vejaciones que su posición le permite a los que visten uniforme militar; no se queda atrás el alcalde de cualquier pueblo o pueblecillo, que «los atropella imponiéndoles toda suerte de gabelas»; más allá, comerciantes que presionan para que se reduzca el presupuesto de Guerra, única causa de que tengan que pagar tan alta contribución; y, por último, educadas en esa atmósfera de odio, las turbas levantiscas, siempre dispuestas a arrojar piedras al paso de un regimiento<sup>38</sup>.

Como se ve, para el Ejército es el conjunto de la sociedad española, y fundamentalmente sus representantes a todos los niveles, quien le arrincona, zahiere y ataca, cada uno dentro de sus posibilidades. Este victimismo, siempre presente en la mentalidad militar de la época, llega a extremos grotescos en algunas ocasiones; detengámonos en una de éstas.

#### b) *La anécdota de los cocheros*

Las publicaciones militares dejan continuamente traslucir que el Ejército vive en una situación de permanente acoso; se refieren no sólo a la fuerza armada como institución, sino a todos y cada uno de sus miembros. Mientras que en los ensayos, por razones obvias, este planteamiento se mantiene en el terreno de lo genérico, en los diarios, sometidos al imperio de los sucesos cotidianos, se convierte en continuas denuncias de atropellos cometidos por diversos estamentos o incluso por individuos concretos, extrayéndose siempre de lo particular una conclusión aplicada a un sector, cuando no a la misma sociedad en su conjunto. Así, incidentes nimios, absolutamente específicos, provocan respuestas tremadamente indignadas y, por supuesto, conclusiones desmedidas.

A propósito de una información del más importante diario de la época, *El Imparcial*, según la cual un capitán del Ejército abofeteó a un obrero en plena calle, sin conocimiento previo y sin que mediara palabra alguna, uno de los periódicos militares, *El Ejército español*, se siente inmediatamente obligado a desmentir esa versión, asegurando que no sólo el tal capitán tuvo que oír «hablar pestes del Ejército», sino que se le llegó a insultar personalmente. Es el típico tic corporativo, del que diremos algo posteriormente: un miem-

---

38. «Los atentados contra el Ejército», *La Correspondencia militar*, 5-XI-1892.

bro del Ejército, una *parte del todo*, es puesto en entredicho, con lo cual la reacción corporativa supone que la agresión se dirige contra el *todo*, dado que el individuo es siempre un *representante* del cuerpo. En éste, como en cualquier otro caso, no interesa tanto la verdad de los hechos cuanto dejar bien alto el prestigio de la institución.

Hasta ahí, pese a todo, nada extraordinario: cada cual, podríamos decir, desempeña el papel que le corresponde. Lo notable empieza cuando el mismo diario militar toma el incidente como base para embarcarse en una disquisición sobre la «hostilidad civil» que termina con esta advertencia tan violenta como extemporánea: «las clases militares no han de dejarse atropellar ni ofender impunemente», y cuando su paciencia llegue al límite, no serán ellas «las que más han de perder ni temer»<sup>39</sup>.

Del cúmulo de quejas, protestas, reclamaciones y amenazas que invaden por los mismos o parecidos motivos, las páginas de los diarios militares, que remos detenernos brevemente en el asunto de los atropellos de tropas por «cocheros antimilitaristas», porque es claramente representativo de lo que venimos diciendo.

Del conjunto de casos que se dieron, tomemos como modelo uno de principios de mayo de 1892, que tuvo como escenario Madrid. *El Heraldo* y *El Imparcial* informaban aproximadamente del mismo modo: en el momento en que un «milord» llegaba a la altura de un regimiento, en la calle de Ferraz, empezó a sonar la música, motivo por el cual los caballos se encabritaron y rompieron las filas de las tropas. El coronel del regimiento ordenó inmediatamente que se detuviera al cochero y que «se instruyese sumaria», acusándole de «haber querido atropellar a la fuerza armada». El segundo de los diarios citados apostillaba irónicamente que tras el cochero habían prestado declaración los ocupantes del «milord», pero sin embargo... «los caballos no han declarado todavía, que sepamos»<sup>40</sup>.

Inmediatamente después, en un artículo significativamente titulado «¡Hay que sufrir!», *La Correspondencia militar* señalaba: «No basta que a diario se esté atropellando al Ejército; en el Parlamento, en el libro, en la prensa; es necesario que con él se atrevan hasta los cocheros». Y, prueba de la importancia que se daba a lo sucedido, insistía al día siguiente: los cocheros atropellan tropas —y no procesiones, entierros o manifestaciones— como resultado de las doctrinas sembradas por... ¡las «clases directoras de la sociedad»! En efecto, continuaba: los cocheros oyen a sus amos hablar con menosprecio del Ejército, y termina con creer que contra los que visten uniforme todo les está permitido<sup>41</sup>.

Por su parte, *El Ejército español*, tras desmentir algunos de los datos proporcionados por los diarios civiles, hablaba de los «estúpidos aurigas» que lan-

39. «De mal en peor», *El Ejército español*, 22-VI-1892.

40. «Una causa curiosa de Guerra», *El Imparcial*, 9-V-1892.

41. «El fuero y el huevo», *La Correspondencia militar*, 11-V-1892.

zaban sus caballos —quizás porque «desde lo alto del pescante se creen, sin duda, muy superiores a los soldados de la patria»— contra los regimientos, «sin miramiento alguno a aquella fuerza que simboliza la defensa del país, sin respeto ninguno a la bandera que sintetiza el sentimiento más puro, más santo que atesora el corazón del hombre»<sup>42</sup>.

No se trata de un caso aislado, sino todo lo contrario, representativo de unos incidentes que se repetían con peligrosa frecuencia. Sin ir más lejos, dos años después, viviendo el país en unas circunstancias mucho más críticas (mentionemos simplemente las secuelas de los incidentes de Melilla de octubre de 1893 y el salto cualitativo en los atentados anarquistas: agresión de Pallás contra Martínez Campos, bomba del Liceo), *El Correo militar* volvía a insistir en el tema<sup>43</sup>, como si los cocheros que no tomaban «otra dirección, al encontrarse en la calle con un regimiento en marcha» fuera el asunto más importante que acaecía en una nación que se debatía en una de las crisis más profundas de su historia contemporánea.

### c) *Las comparaciones nacionales*

De todos estos pequeños roces entre civiles y militares —atribuidos indefectiblemente a la mala intención de los primeros—, la prensa militar saca una conclusión que se repite cada vez con mayor frecuencia: en ninguna parte se trata al Ejército (de mal, por supuesto) como en España:

«Los militares en España son considerados por los gobernantes, como de peor condición que los de todas las naciones europeas y americanas. En todas ellas son atendidos los militares (...) en tanto que en España, sólo por vestir uniforme militar, se ven alejados, los que logran tal distinción, de todos los destinos públicos que no sean puramente profesionales o técnicos.»<sup>44</sup>

Sin embargo, no se planteaba la prensa militar lo contrario, o sea, si el Ejército español estaba a la altura de lo que una sociedad moderna esperaba de sus fuerzas armadas o, más claramente aún, si el Ejército español era en su comportamiento político parangonable a los ejércitos de las naciones vecinas. Por los años en que se escribían quejas como las transcritas, se había generalizado la práctica de que los oficiales se tomaran la justicia por su mano, asaltando y quemando las redacciones de los periódicos «non gratos». La prensa extranjera comentaba lacónicamente: «Cosas de España». Y la sorpresa se convertía en rabia e indignación cuando los que terminaban con sus huesos en la cárcel eran... ¡los periodistas!

Pero volvamos a las lamentaciones militares, dejando a un lado las incon-

42. «Supuesto atropello», *El Ejército español*, 10-V-1892.

43. «Militares y paisanos», *El Correo militar*, 3-XI-94.

44. «PORTHOS»: «Paisanos y militares», *La Correspondencia militar*, 3-III-1894.

secuencias que hemos esbozado. En Alemania, escribía *El Eco militar*, se aumenta la dotación de fuerzas de mar y tierra; en Italia, Crispi rechaza todo tipo de recorte en los presupuestos militares; en España, sin embargo, sólo se piensa en la «paz desarmada» y en llevar a la práctica el «presupuesto de la vergüenza» (alusión al «presupuesto de la paz» que preconizaba Castelar, que se había convertido a principios de la década de los noventa en objeto de una crispada controversia entre civiles y militares). «Nos dan envidia esas naciones», decía otro diario militar, que «consideran al soldado sobre todos los ciudadanos». Mientras en las naciones europeas «el Ejército lo es todo», argumentaba un tercer periódico, en España está permanentemente relegado<sup>45</sup>.

Por obvias razones de vecindad e influencia es Francia el país que se lleva la palma en número de menciones: la situación del Ejército en la sociedad francesa se propone reiteradamente como el modelo a seguir, tomando como pretexto para ello anécdotas aisladas, sin valor representativo alguno. Si la tesis de un Ejército respetado, valorado y defendido, en el extranjero, frente a un Ejército abandonado, marginado y deprimido en España, hiere por su rotundidad, por su falta de matices, a cualquier sentido común, la falsedad de la contraposición era más patente si se tomaba el modelo francés.

En efecto, como es sobradamente conocido, Francia vivía en los años cercanos al fin de siglo, una agitación antimilitarista sin precedentes, incomparablemente más profunda que cualquier campaña que se hubiera conocido en nuestro país. El «affaire Dreyfus» había destado las pasiones, de tal modo que el Ejército se había convertido en objeto de las iras de muchos políticos liberales, órganos de prensa y, sobre todo, intelectuales<sup>46</sup>.

Más concretamente, tras el 98, se vuelve otra vez la mirada al país vecino para contraponer la petición de responsabilidades al Ejército que tiene lugar en España, con la supuesta reacción que tuvo lugar allí después de 1870. La Francia de Sedán, se argumenta, salió a flote haciendo un examen de conciencia sin «apasionamientos, rencores, denuestos ni injurias», de manera que el Ejército «conservó incólume su prestigio». Gracias a ello, la nación se recuperó en breve plazo, y el poder militar se robusteció, haciendo que Francia fuera de nuevo una potencia de primer orden. En cambio en España...<sup>47</sup>

No hace falta insistir en que esta contraposición entre el trato que recibe el Ejército en España y en los demás países de su entorno, se basa en supuestos

45. «La paz armada», *El Eco militar*, 10-IV-1894. Las otras frases citadas corresponden a «Siempre el Ejército», *El Correo militar*, 3-VIII-94, y a «Diversas amenazas», *La Correspondencia militar*, 3-III-92.

46. Véase a nivel global: CHARNAY, *Société militaire...*, 1964; GIRARDET, *La société militaire...*, 1953; AZAÑA, *Estudios de política francesa...*, 1918. Sobre el antimilitarismo, RABAUT, *L'antimilitarisme*, y BECKER, *Le Carnet B...*, 1973. Sobre las repercusiones del caso Dreyfus: MIQUEL, *L'Affaire Dreyfus*, 1959, y BAUMONT, *Aux sources de l'Affaire*, 1959; sobre su impacto en España, JAREÑO, *El Affaire Dreyfus...*, 1981.

47. Cf. «Digno de imitación» (título suficientemente explícito), *El Correo militar*, 20-IV-1900.

falsos, en una simple tergiversación de la realidad. De hecho, esas comparaciones eran sólo una excusa para desarrollar las ideas que ya conocemos, sintetizables en el principio de que el Ejército español está marginado del resto de la sociedad, despreciado por los civiles, instrumentalizado por los políticos, vilipendiado por todos. En este sentido, a la propaganda militar le interesaba extremar el contraste entre un Ejército respetado en el extranjero y el estado de postergación en que vivía aquí.

Hay otro matiz en las comparaciones nacionales que no debemos pasar por alto, por más que pertenezca a otro orden de cosas: nos referimos a la hiper-sensibilidad nacionalista («sensibilidad patriótica» o simple «patriotismo», se diría desde la mentalidad militar), que lleva a una curiosa contradicción a la prensa militar cuando tiene que comentar la valoración que desde el extranjero se hace del Ejército español. Por un lado, se acepta la crítica cuando la responsabilidad recae de una u otra manera en el ámbito político: estructura, funcionamiento, financiación, son cuestiones que salen del marco de actuación militar, dicen con notoria inexactitud, dado que el propio Ejército nunca estuvo dispuesto a dejar verdaderamente esas cuestiones en manos de los representantes políticos. Pero, por otra parte, como el criticado, con razón o sin ella, es el Ejército español, se tiene la necesidad de contraatacar, desestimando o ridiculizando al Ejército del país de donde proviene la crítica, dado que, en definitiva, el «glorioso Ejército español» no tiene que recibir lecciones de nadie<sup>48</sup>. En cambio, todo halago o simple muestra de simpatía extranjera es recibido con grandes alharacas<sup>49</sup>. La verdad es que, dado el tradicional aislamiento de España y la situación de su Ejército, tales elogios no eran muy frecuentes.

Hasta en esa mínima anécdota es apreciable la susceptibilidad, el subjetivismo extremo y el apasionamiento de esos sectores militares. Quizás todo ello no era más que el producto de la situación de acoso a la que se creían sometidos. Veamos ahora qué remedios proponían para salir de ella.

48. Ante la crítica de un periódico inglés, se dice que precisamente ese ejército, el británico, ha sido derrotado por «tribus salvajes en las cinco partes del mundo». Véanse «Las uñas del león» e «Inri», *El Correo militar*, 20-XII-1893. Contra la crítica de un «franchute»: «El Ejército español, señor gabacho, ha sido en todas épocas modelo de todos los ejércitos del mundo». Cf. «Conocemos la matrícula», *El Reservista*, 25-X-1894. Contra los «gacetilleros alemanes», se recuerda que las deficiencias que se critican son el resultado de la actividad de los hombres públicos, llamados así «por analogía con las mujeres públicas», y se apostilla: el uniforme militar es «la única vestimenta limpia entre las inmundicias de la política moderna». Cf. «En defensa del honor», *El Correo militar*, 26-XII-93.

49. Tal es el caso, en el contexto del 98, de una carta de un capitán alemán favorable a España, que es acogida con todos los honores bajo el significativo epígrafe de «Simpatías de gran valor». Véase *Memorial de Artillería*, 1898, 1.<sup>er</sup> semestre, págs. 546-548.

### 3. ALTERNATIVAS INMEDIATAS

#### a) *Llamamiento a cerrar filas*

La vieja táctica del «Divide y vencerás» está siendo aplicada una y otra vez por los enemigos del Ejército, se advierte con alarmismo en las páginas de los diarios militares. Halagando a unos y censurando a otros, alternativamente, divorciando a los generales del resto de la oficialidad, y a ésta de los soldados, están consiguiendo su propósito de dejar un Ejército debilitado e impotente. No le hagamos el juego al enemigo, continúan diciendo: las críticas entre militares sólo sirven, aunque se hagan con justicia y de buena fe, para reforzar la posición de los que buscan cualquier argumento para hundir al Ejército.

No es momento de discutir la causa de nuestros males, viene a decir uno de los diarios militares, pues ello podría propiciar la división que muchos persiguen afanosamente<sup>50</sup>. «Hay que defenderse», titula otro, hay que apretar filas contra el ataque sistemático, sin presentar la más mínima fisura<sup>51</sup>, y así sucesivamente.

No podemos silenciar, tampoco en este caso, la inconsecuencia de esos diarios militares, puesto que eran ellos mismos los primeros en incumplir esas consignas, ¡y de qué manera! La prensa militar era, en su conjunto, y salvo raras excepciones —nos referimos a los diarios político-militares, y no a las revistas técnicas o especializadas—, vehementemente, apasionada hasta lo injusto, visceral, violenta en su fondo y en su forma; sus críticas contra los altos mandos militares, incluido el ministro de la Guerra, podían llegar a ser feroces y despiadados, e incluso caer en el insulto personal. Los propios mandos militares se quejaron en varias ocasiones públicamente de la virulencia de las críticas de los diarios militares; estos mismos admitían que el ataque ciego, personal, contra un alto jefe no podía ser buena norma de conducta..., cuando era el colega (también militar) el que recaía en ese defecto.

Pero, manteniéndonos al nivel de los ideales, y no de su práctica concreta, subrayemos que todos coinciden en predicar la unión frente al acoso del enemigo, la sociedad española. Esa necesidad de cerrar filas se hace más perentoria aún si cabe, después del Desastre. Frente a una sociedad que pide

50. «La jaula dorada», *La Correspondencia militar*, 24-III-1892. En este periódico se insiste en muy diversas ocasiones en la necesidad de la unión: véanse por ejemplo «Adelante» (20-II-94), «Aires de vida» (22-II), «Regeneración» (27-II), «No hay fórmula» (4-III-94), etc.

51. «Hay que defenderse», *El Correo militar*, 9-X-1896. Desde un punto de vista complementario nos dice Vigón muchos años después —pero refiriéndose a la misma época— que el antimilitarismo termina por generar la cohesión del Ejército: Gracias a los sistemáticos ataques contra él, ese Ejército de la Restauración, «que había recogido de las recientes guerras unas pesadas consecuencias en orden al personal, al material y a las exigencias de todo orden, sintió la necesidad de replegarse sobre sí mismo, de lo que vino a adquirir una cohesión singular (...). VIGÓN, *Hay un estilo militar...*, M., 1953, pág. 53.

responsabilidades a sus fuerzas armadas en el Parlamento, en la prensa, en la calle, como si ese Ejército no hubiera dado lo mejor de sí mismo defendiendo a España; frente a la generalizada campaña de desprestigios contra todo lo militar, como si la guerra la hubiese perdido el Ejército, y no los políticos imprevisores y cobardes; frente a la comodidad y egoísmo de unos civiles que ni siquiera quieren aceptar que han sido los militares los únicos que han derramado su sangre por la patria, el Ejército tiene que responder de un modo firmísimo, con una sola voz, como un solo hombre.

La unión, se recuerda, es la base del prestigio militar, uno de los valores fundamentales de la milicia: frente al particularismo que caracteriza a la sociedad civil, frente al partidismo de unos y otros, el Ejército conserva, mediante la unión, su fuerza material y moral. En este sentido, la unidad militar constituye además su mejor defensa: cuando los militares están unidos, escribe un diario militar<sup>52</sup>, «nadie osa atacarles con la facilidad y con el descaro que aquí en España es costumbre».

Pero aún hay más: la imprescindible regeneración del país, de la que por cierto se empieza a hablar bastante antes del Desastre, sólo puede ser posible, en lo tocante al Ejército, con una «unión absoluta, incondicional e indestructible» de toda la familia militar<sup>53</sup>.

Este llamamiento a cerrar filas es, indudablemente, otra expresión del corporativismo, siempre presente, profundamente enraizado, en la mentalidad militar. Ya vimos cómo, en primer lugar, la opinión militar reacciona ante las críticas con una gran susceptibilidad, que le lleva a rechazar con orgullo e indignación cualquier apreciación que venga del «exterior»; junto a esto, se genera una reacción autodefensiva, una intensificación del repliegue frente al pretendido acoso social; por último, se produce una clara manifestación de autoestima: el cuerpo se considera ejemplo de valores supremos, único organismo sano en un sistema corrupto.

Este último punto tiene particular importancia porque constituye en cierto modo el eslabón que une ese anhelo de unidad con la propuesta más difundida para superar una situación que se considera límite, cuestión de la que nos vamos a ocupar dentro de un momento. En efecto, los escritores militares repiten con frecuencia frases como «el espíritu militar es el signo de la vitalidad de la nación», «la grandeza de España está en su fuerza militar», «el cuartel es

52. Véanse «Divide y vencerás» y «La Unión», ambos en *El Correo militar*, 7 y 14-IV-1900, respectivamente.

53. «El verdadero ejemplo», *El Eco militar*, 6-II-1895. Muy a menudo esta unión tiene el sentido de «unión frente al exterior»: unión en los cuarteles, unión como medio eficaz para resistir el «contagio externo», etc, etc. «Los cuarteles —escribe BENGT ABRAHAMSSON— son un medio excelente para proteger a los soldados del contacto del pensamiento radical y de impedir que observen los acontecimientos que amenazan el *statu quo*». Cf. ABRAHAMSSON, «Professional Socialization...», recogido por BAÑÓN y OLMEDA, *op. cit.*, pág. 212.

la escuela de la patria», «en la milicia es dónde únicamente pueden forjarse héroes», etc<sup>54</sup>. O, aún más claramente...

«El Ejército en la vida de los pueblos, es lo último que se hunde y lo primero que se levanta: cuando la inmoralidad invade las costumbres, aún en la milicia impera la honradez acrisolada; cuando la sociedad se desquicia, a la fuerza armada se acude para que la ley marcial apunte el edificio que amenaza ruina; cuando el desbarajuste y la irregularidad vicia la administración del Estado, aun se encuentran el orden y la moral en las modestas dependencias militares (...).»<sup>55</sup>

El Ejército tiene, pues, una responsabilidad insoslayable, de orden moral y político, ante sí mismo y ante la patria: tiene que intervenir para salvar ese cuerpo social infectado. La unidad es la base indispensable para esa intervención; una vez conseguida, sólo quedaría aplicar el bisturí con mano firme.

#### b) *La intervención política*

Hemos soslayado hasta ahora los planteamientos directamente políticos que surgen de los sectores militares, dado que nuestro objeto fundamental de atención era la relación Ejército-sociedad; hora es ya de que desbordemos esa delimitación convencional, puesto que en definitiva hacia el terreno político confluyen todas las propuestas de solución de los problemas expuestos.

Previamente, a un nivel mucho más teórico, podríamos preguntarnos sobre la relación existente entre el corporativismo del que acabamos de hablar (expresado en términos de unión militar) y la intervención del Ejército en los asuntos políticos; cuestión debatida entre los especialistas, que lleva a algunos, como Huntington, a sostener que el profesionalismo y la intervención militar son factores contrapuestos, y a otros, como Perlmutter, a defender que el profesionalismo evoluciona, o puede evolucionar, hacia el corporativismo, y éste hacia la intervención militar<sup>56</sup>. Obviamente, no podemos entrar aquí en un debate de esas características, pero permítasenos simplemente apuntar que,

---

54. GAGO, *Ejército nacional*, págs. 9-10, (Granada, 1895). LEÓN GUTIÉRREZ, *¡Honor y Patria!*, *op. cit.*, págs. 73-74. IBÁÑEZ MARÍN, *La educación militar...*, M., 1989, págs. 69-70. Cita del general SÁNCHEZ OSORIO en MUÑÍZ, *Concepto...*, *op. cit.*, vol. I, pág. 150.

55. NIEMAND: «Crónica general», *Revista científico-militar*, 1895, pág. 599.

56. Concretamente, HUNTINGTON acepta de esta última tesis la evolución del corporativismo al intervencionismo militar, pero no como un desarrollo cuyo punto de partida sea el profesionalismo en sentido estricto: este último, escribe Huntington, es «un equilibrio entre competencia, responsabilidad y espíritu corporativo; pero el corporativismo que conduce a la intervención representa una perversión del profesionalismo en la cual la característica corporativa desequilibra el peso de los otros dos componentes». Cf. PERLMUTTER, *Lo militar y lo político...*, *op. cit.* y el Prólogo de HUNTINGTON a esta misma obra, en especial, pág. XXIII.

en nuestra opinión, las razones del intervencionismo militar son difícilmente esquematizables en esos términos, por depender estrechamente de las condiciones específicas —sociales, políticas, culturales— de cada país. Pero volvamos a nuestro análisis concreto.

En unos momentos tan críticos como los que precedieron al Desastre, pueden encontrarse en la prensa militar —en contra de lo que quizás, en principio, pudiera pensarse— argumentos en contra de la intervención militar en la política: «El Ejército no tiene por qué discutir ni discute las fórmulas puramente políticas que los gobiernos crean conveniente aplicar»; o, más claramente aún: cuando el Ejército se siente obligado a ejercer funciones que no son las suyas específicas, «tiene forzosamente que entrarse por los campos de la política, y de ellos nada bueno puede sacar, como no sea el medro personal de algunos de sus individuos»<sup>57</sup>.

Apresurémonos a añadir, no obstante, que no era éste el sentir mayoritario dentro de las Fuerzas Armadas, a tenor de lo que se decía en artículos, ensayos, discursos y cartas o conversaciones privadas; ¿cómo iba el Ejército a inhibirse, pensaba la mayoría, si la patria estaba en peligro? La cosa estaba tan clara que, hasta el mismo diario que acabamos de citar para ilustrar la tendencia profesionalista o anti-intervencionista, acoge en sus páginas antes y después muchos más comentarios en sentido opuesto.

Hay en este tema resbaladizo matices que no podemos ignorar; así, por ejemplo, hay que saber que muchas veces los alegatos a favor del pronunciamiento o las incitaciones a la rebelión militar, eran puros desahogos verbales, producto de una irritación pasajera, de una prensa militar que no se caracterizaba precisamente por la contención. Su significado, pues, no iba mucho más allá de lo que representa una explosión de rabia: en términos vulgares, el derecho al pataleo, ante una ley que no gustaba o una medida política que lesionaba intereses creados.

Otras veces era muy distinto, porque se analizaba serenamente el papel que debía representar el Ejército ante una situación grave (otro problema en el que no podemos entrar: ¿quién iba a dictaminar cuando la situación era crítica?).

En España, decía el coronel Lapoulide, «donde tal corrupción política existe», todas las legitimidades, todas las fuentes de derecho están viciadas. El Ejército, para saber cuál debe ser su misión, debe acudir entonces «a buscar la verdadera voluntad del país en las manifestaciones más íntimas del sentimiento nacional»; de ahí resultaría que, en intervenciones como las de 1868 y 1874, el Ejército lo único que hacía era «cumplir sus deberes obedeciendo la voluntad nacional»<sup>58</sup>.

Volvemos así a lo ya dicho: el Ejército, «intérprete de la voluntad nacional». Atravesando sin mancharse, como un rayo de luz, la política corrupta, el hedonismo materialista, el caciquismo o los particularismos egoistas,

57. «El deber del Gobierno», *El Correo militar*, 28-X-1897.

58. LAPOULIDE, *¡Pobre España!*, M., 1989, págs. 54-55.

el Ejército conectaba con la parte sana del país: a veces el pueblo, siempre la raza, o simplemente algo indefinible, una esencia que se podía sentir pero no explicar. De esta manera, la institución armada se consideraba a sí misma la depositaria del patriotismo, y reconocía ante sí una misión trascendental: la de salvar a la patria de sus enemigos internos y externos.

¿Implicaba esto exactamente la toma directa del poder político? Sería simplificar las cosas de un modo inaceptable contestar con un monosílabo. Prime-ro, porque, como hemos dicho varias veces, no todos pensaban igual: cada publicación militar tenía sus matices específicos, un teniente no pensaba lo mismo que un alto mando comprometido con el Régimen, o incluso cada general tenía, naturalmente, su propio criterio, que no coincidía siempre con «el que se le suponía»: así, el «duro» y «militarista» Weyler se mostró absolutamente respetuoso hacia el orden constitucional en unos momentos en que muchos —civiles entre ellos— le instaban a tomar el poder.

En segundo lugar, si muchos se sentían en un primer momento tentados «a cortar por lo sano», como frecuentemente decían, el recuerdo, muy reciente aún, de las experiencias vividas por un Ejército inquieto en la España isabelina, les hacía más cautos. «Los pronunciamientos y el gobierno ejercidos por militares», escribía Muñiz, «son las dos grandes culpas que se nos echan en cara»<sup>59</sup>.

¿Implicaba todo ello que el Ejército iba a permanecer pasivo? ¿Eran los alegatos intervencionistas pura retórica? Tampoco es esto. La posición que parece ganar puntos desde comienzos de siglo es la de que es preciso actuar como poder en la sombra, presionando sin ceder terreno, antes al contrario: en 1906 se consigue, mediante la Ley de Jurisdicciones, que pasen al ámbito militar los delitos contra la patria y el Ejército. Y todo ello sin el desgaste que supone la toma directa del poder.

A pesar de todo, la situación de la que tanto se quejaba la opinión militar no evolucionó en el sentido que deseaban. Por el contrario, cada vez más implicado el Ejército en asuntos represivos, se generó un creciente sentimiento antimilitarista en todo el país, potenciado por los nuevos desastres, ahora en Marruecos (de 1909 en adelante). Al final, pues, no hubo más remedio —siguiendo siempre el planteamiento militar— que llevar a cabo aquello a lo que tantas vueltas se le venía dando: en 1923 se puso punto final a un sistema político —corrupto para muchos ya desde Cánovas— y, sobre todo, a una situación del Ejército en la sociedad española que se venía calificando de insostenible desde hacía más de tres décadas.

---

59. MUÑIZ, *Concepto...*, *op. cit.*, vol. I, págs. 140-145.